

Alberto y la biblioteca del tiempo

Por Alberto Muñoz Galán

Colegio Ciudad de Nara 6ºB

Alberto era un chico al que le encantaba leer. Un día decidió ir a Toledo, una ciudad preciosa y mágica. A Alberto le encantaba Toledo por su catedral, su alcázar, sus calles estrechas, sus iglesias...

Un día decidió ir a la biblioteca del alcázar. Cuando ya estaba en la puerta llamó y se apresuró a entrar. Pero cuando entró se llevó una sorpresa: ¡No había absolutamente nadie, ni siquiera el bibliotecario! Este hecho le alarmó, puesto que le habían dicho que a diario acudían cientos de personas a la biblioteca.

Decidió sentarse en la mesa más cercana a él, en la cual había un montón de libros de historia sobre la ciudad. Pasó un rato en el cual se limitó simplemente a esperar que entrara alguien por la puerta y a mirar puntualmente por una ventana por la que tenía una vista preciosa de Toledo. Pasaron unos quince minutos y nadie apareció. Decidió coger un libro que trataba sobre la Prehistoria en Toledo, en él ¡salían mamuts!, ¡hombres de las cavernas!, ¡pinturas rupestres!...

Cuando terminó de hojearlo, dijo: -¡Ojalá pudiese verlo en la realidad! Tras decir esto, las ventanas se abrieron de golpe, empezó a soplar mucho el viento y la sala se inundó de una luz blanca totalmente pura y cegadora. Alberto le entró el pánico y decidió esconderse debajo de la mesa. Tras unos segundos el viento cesó y la luz se disipó y Alberto salió de debajo de la mesa y decidió salir de la biblioteca pero al salir se percató que ya no estaba en 2016, sino en la Prehistoria. Aunque eso sí, seguía en Toledo pero unos 4.500 años antes de Cristo. De repente, unos lobos aparecieron corriendo como locos siendo perseguidos por un grupo de hombres con lanzas y arcos. Alberto se quedó perplejo al ver la situación. Decidió esconderse detrás de una roca para que no le vieran. Tras unos minutos, los hombres cazaron a los lobos y los metieron en sacos que ellos mismos cargaban. Los hombres empezaron a alejarse cargados con su caza a la espalda y Alberto decidió seguirles para ver de dónde procedían. Tras unos minutos siguiéndoles, se dio cuenta de que no llevaba su ropa normal, sino una especie de traje hecho con pieles de cabra y oso, también llevaba unas botas hechas de cuero curtido. Tras inspeccionar a fondo sus vestimentas pensó: -¡Menudo desastre estoy hecho, me quitan mi jersey rojo y mis pantalones vaqueros y me ponen unas pieles por ropa y yo no me doy ni cuenta!

Finalmente llegaron al Cerro del Bu. Alberto había oído que allí se desarrolló la primera civilización de Toledo: los Carpetanos. Decidió acercarse al montículo, el cual tenía casas hechas con pieles y madera. Pero había una casa que destacaba, era de piedra y era de mayor tamaño que las demás. Debía de ser una fragua o algo parecido.

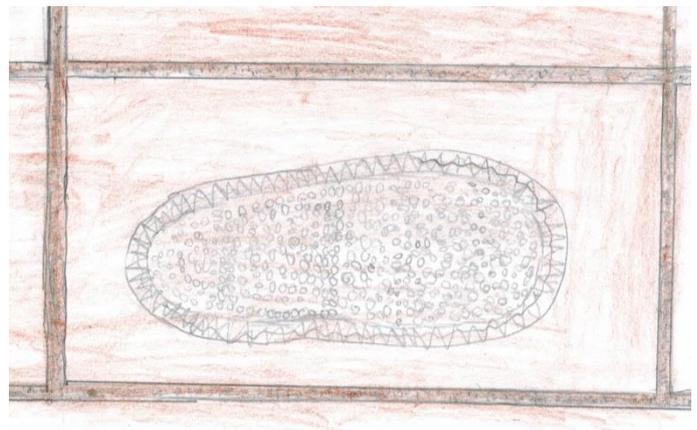


Tras ver el poblado un poco por encima, decidió volver a la biblioteca (la cual se convirtió en cueva previamente) para volver de nuevo a 2016. Volvió por las colinas por donde había seguido a los carpetanos y entró a la cueva/biblioteca, en la cual seguía todo tal y como lo dejó. Él quería volver a su época pero tras reflexionar

un par de minutos, decidió hacer otro viaje por el tiempo; ¡Quería ir a la época de los romanos!

Sin pensárselo dos veces, buscó un libro sobre los romanos, lo hojeó detenidamente y dijo en voz alta: ¡Quiero estar ahí! Se volvió a repetir el proceso del viento y las luces. Alberto se volvió a esconder debajo de la mesa, al par de segundos la luz y el viento cesaron y salió. Pero nada más salir, se puso a mirar por la ventana, para ver si el viaje en el tiempo había funcionado y, ¡efectivamente!, aunque eso sí, el alcázar era un fortaleza romana, tenía un color rojizo y sus torres ya no tenían sus tejados negros decidió bajar a la plaza de Zocodover la cual estaba muy cambiada, no tenía baldosas, estaba cubierta de arena. La verdad es que la ciudad era mucho más pequeña, por ejemplo, alrededor de la plaza tan solo había un par de casas. Entonces, se acordó de algo; el circo romano debería estar recién hecho. Por lo cual podría ver cómo era realmente.

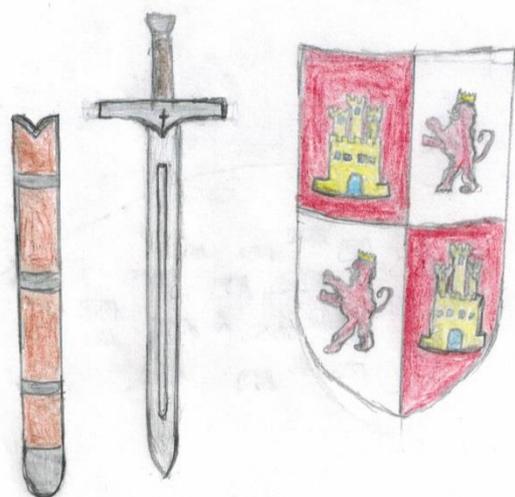
Cuando llegó vio que todavía le faltaban un par de meses para ser terminado. Se acercó con cautela pero accidentalmente pisó la argamasa de uno de los muros que estaba recién hecho y dejó su huella marcada. Al instante, recordó que en el circo romano había una huella de sandalia romana. Entonces comprendió que la huella se ocasionó por su culpa. La verdad es que le causó muchísima ilusión. También se dio cuenta de que su ropa era diferente, era una túnica blanca de un material parecido a la seda.



Al lado del teatro había unas cuantas casas y un par de fraguas en las cuales se fabricaban casco, clavos, espadas, puntas de lanzas...

Pasaron un par de horas y Alberto decidió volver al alcázar. No sabía si volver a su tiempo o seguir viajando en el tiempo. No tardó mucho en decidir que seguía viajando. Entonces, se apresuró hacia la fortaleza romana, y volvió a la mesa con los libros. Pero había una pequeña diferencia: los libros ahora eran pergaminos, pero a Alberto este detalle no le importó mucho.

Encontró un libro sobre la Edad Media, esta vez no se detuvo mucho para hojearlo, vio una imagen de la catedral casi terminada, en el año 1492. Tras esto, volvió a decir: ¡Quiero estar ahí! Se volvió a repetir el proceso de la luz, el viento y lo demás.



Cuando las luces y el viento cesaron, Alberto se dio cuenta de que ya no tenía once años, sino unos veinte años y tenía una armadura y cota de malla. Oyó una voz que le preguntaba si se encontraba bien y le llamó “Sir Alberto”. Dedujo que era caballero en esta nueva aventura. El detalle de la armadura y la cota de malla le gustó, pero lo de tener veinte años no le gustó mucho. Se apresuró a bajar y cuando ya estaba por la plaza de Zocodover, se percató que no llevaba ni espada ni escudo, decidió volver al alcázar para ver si podía hacer algo, y efectivamente, encontró una armería en la cual había cientos de espadas. Decidió coger una espada bastante simple pero bonita a la que llamó “La Justa”. Ahora faltaba el escudo, el cual lo encontró apoyado en una pared junto a otros cuantos. Todos los escudos eran iguales; tenían el emblema de Castilla y Aragón (se debía a que en el año 1492, los monarcas eran los Reyes Católicos, reyes de Castilla y Aragón).

Volvió a salir del alcázar y se preguntó si tendría su propio caballo, y así fue, enfrente del alcázar había un establo. Alberto habló con un hombre, él parecía conocerle, le dijo que su yegua estaba al final del establo, a la derecha. Le condujo hasta ella y la sacaron del establo. Alberto se lo agradeció al hombre y le dio unas monedas en agradecimiento. Se montó en su yegua, la cual se llamaba Espica. Decidió darse una vuelta por el Toledo medieval. Vio la catedral de la ciudad en proceso de construcción, la puerta de Bisagra aunque un poco diferente, era por así decirse más simple. También vio a San Juan de los Reyes en proceso de construcción.

Ya era de noche y Alberto ya había guardado a Espica. Decidió hacer guardia junto a otros cinco caballeros. Vigilaron durante horas las calles vacías y oscuras hasta que vieron a un hombre borracho que les amenazó con una cuchara de madera. Decidieron ignorarle, pero por lo demás no vieron ni un solo alma por las calles silenciosas de la ciudad. Tras hacer la guardia, decidió volver a la biblioteca, ya quería volver a 2016. Así que, cogió un libro sobre la historia reciente de la ciudad y lo hojeó hasta ver una imagen del alcázar y dijo: ¡Quiero estar ahí! Pero Alberto no sabía que esa fotografía no era actual, sino que del año 1936, en plena Guerra Civil (si hubiese visto la siguiente página, se hubiese percatado de ello).

El efecto de las luces y el viento se volvió a repetir, pero esta vez no se escondió bajo la mesa. Miró por la ventana. Todo parecía estar igual que en 2016, se apresuró a mirar por la ventana, pero algo estaba fuera de su sitio: la plaza de Zocodover estaba diferente, era igual a la de la Edad Media pero con baldosas. Y la del presente era un poco diferente. Se tuvo que rehacer después de los bombardeos de la Guerra Civil. Tras comprender esto, se dio cuenta de la terrible realidad: ¡Estaba en plena la Guerra Civil! No se alarmó mucho, puesto que tenía que verificar que estuviese en la Guerra Civil, específicamente en el año 1936. Intentó encontrar pruebas de ello, pero no tendría que esperar mucho para encontrar la respuesta. Oyó una tremenda explosión y oyó otras cuantas. Pasaron unos pocos minutos y vio cómo una torre del alcázar se derrumbaba y parte de una de las fachadas. Se levantó una cortina de humo enorme, entonces comprendió que estaba definitivamente en 1936, específicamente en el día 4 de septiembre. Se dirigió hacia la biblioteca, volvió a coger el mismo libro de antes, pero esta vez tuvo un gran problema: ¡El libro tenía ya un par de años y no mencionaba nada sobre 2016! La única idea que se le ocurrió a Alberto fue gritar: ¡Quiero volver a 2016!

Inexplicablemente, se abrieron las ventanas, el viento empezó a soplar y la sala se inundó de una luz blanca. Todo se detuvo, ya había llegado a su destino; 2016. Se apresuró a mirar por la ventana, todo estaba en su sitio. Ahora, la biblioteca estaba llena de gente. Por fin volvía a tener once años y tenía su jersey rojo que tanto le gustaba y sus pantalones vaqueros.

Lleno de alegría, salió de la biblioteca y se dirigió al Museo del Ejército, que formaba parte del alcázar. Decidió ver el apartado de guerreros medievales. En él se encontraba un arquero montado a caballo, y resulta que ese caballo era yegua, ¡porque era Espica!

Alberto decidió no contar nada a nadie, porque total, nadie le creería.

FIN